

ocurrido. Les invité que vinieran á mi casa, y, según habéis visto, han seguido mis consejos.

—Sin que el resultado haya sido muy feliz— dije.—La actitud de lord Saint-Simón no tenía nada de amable.

—¡Ah, Watson!—contestó Holmes sonriendo—no os ponéis en la realidad de la vida. Apuesto cualquier cosa á que no tendríais mejor humor que él, si después de unas relaciones bastante largas, de una boda ruidosa con una mujer millonaria, os quitaran inmediatamente la mujer y los millones. Creo, por lo tanto, que debemos ser indulgentes con lord Saint-Simón, y dar gracias al cielo por no hallarnos en una situación semejante. Acercáos un poco á la chimenea; tened la bondad de darme el violín y procuremos resolver el único problema que nos preocupa ahora: el de matar dulcemente estas tristes tardes otoñales...

---

## LA DIADEMA DE BERILOS

---

Era una fría y clara mañana del mes de Febrero. Un sol pálido caía sobre la nieve y el suelo centelleaba. En el centro de la calle, los carros, los coches, las caballerías removieron la blancura y la hicieron lodo y charcas; pero en las orillas, amontonada, para dejar libres las aceras, conservaba su pristina candidez. La escoba y el agua pasaron por las losas grises, y al limpiarlas, las hicieron pulidas y resbaladizas como espejos.

Holmes, tumbado en un sillón, fumaba silenciosamente. Yo, apoyado en los cristales del balcón, dejaba vagar la mirada por toda la largura de la calle, desierta desde la estación del Metropolitano hasta nuestra casa. De pronto, y saliendo de una bocacalle apareció un hombre gesticulando, de tal modo, que no pude menos de exclamar, volviéndome hacia mi amigo:

—Venid, Sherlock. Por la calle va un hombre que indudablemente está loco. Su familia hace muy mal dejándole salir en ese estado.

Holmes se levantó perezosamente, y á pasos lentos, con las manos hundidas en los bolsillos de la bata, vino hasta mí y se puso á mirar á través de los cristales.

El individuo que me llamó la atención era un hombre alto, vigoroso, como de unos cincuenta años, ancho de hombros y de cara. Vestía severa y cuidadosamente: levita negra, sombrero irreprochable, botines oscuros y un pantalón gris perla de excelente corte. Sin embargo, sus ademanes no estaban de acuerdo con la dignidad de su aspecto y de su traje. Corría con todas sus fuerzas y de cuando en cuando daba un pequeño salto como un hombre fatigado y que no tiene la costumbre de correr. Al mismo tiempo, gesticulando con la boca y con los ojos, movía y agitaba los brazos desesperadamente.

—¿Qué le pasará? Y viene mirando los números de las casas...

—Me parece que viene aquí—dijo Holmes frotándose las manos.

—¿Aquí?

—Sí. Tal vez venga á consultarme. Me parece reconocer en él todos los signos de una gran perplejidad. ¿Eh? ¿No os lo dije?

En efecto; nuestro hombre se detuvo resollando ante la puerta, apoyó la mano en el timbre, y poco después se extendió el sonido áspero y estridente por toda la casa.

Al poco tiempo entraba en la habitación, congestionado, gesticulando, pero con tal expresión de

dolor y de amargura en el rostro, que la risa huyó de nuestros labios y se apoderó de ellos la compasión. Durante largo rato no pudo hablar, movía la cabeza de un lado para otro y se arrancaba los cabellos y se clavaba las uñas en las rodillas... De pronto se levantó, y á no ser porque lo sujetamos con todas nuestras fuerzas, se rompe el cráneo contra la pared. Holmes consiguió que se sentara en una butaca, y haciéndolo él á su lado, procuró tranquilizarle empleando aquel tono suyo tan de bondad y de cariño.

—Vamos, vamos, querido. Veo que os habéis fatigado de tanto correr. Sin duda venís á contarnos lo que os pasa... Bueno, pero descansad, y luego, ya más tranquilo, tendremos mucho gusto en oiros y en prestaros ayuda si fuera necesario.

El caballero, anhelante, con los ojos fuera de las órbitas, luchaba aún con la emoción. Al fin, secándose la frente con el pañuelo, nos miró y dijo:

—Me debéis tomar por un loco, ¿no es verdad?

—No; comprendemos que estáis bajo el peso de una gran desgracia.

—¡Ayl... una desgracia tan terrible y tan inesperada, que no sé..., no sé... me parece que he perdido la razón. Yo hubiera soportado la deshonra, aunque mi conducta ha sido intachable siempre; yo hubiera soportado una desgracia de familia, porque el dolor es nuestro lote; pero... ¡las dos cosas juntas! ¡Es demasiado, Dios mío! Además, no se trata sólo de mí. Esta desgracia comprometerá á las primeras

figuras del reino, si no se encuentra remedio pronto y seguro.

—Tranquilizáos, señor—dijo Holmes—y decidme quién sois y lo que os pasa.

—Mi nombre tal vez os sea conocido, me llamo Alejandro Holder, de la casa de banca Holder y Stevensón, de Threadneedle Street.

Verdaderamente, no nos era desconocido aquel hombre por ser él uno de los importantes banqueros de la Cité. ¿Qué había ocurrido para poner en tal estado á un personaje de tal importancia? Nuestra curiosidad aumentaba cada vez más. Por último, y haciendo un esfuerzo para tranquilizarse del todo, comenzó su relato.

—Como no se puede perder tiempo, he venido corriendo en cuanto el inspector de policía me aconsejó que buscara vuestra cooperación. Bajé apresuradamente del metropolitano y de la estación vine corriendo hasta aquí, porque los coches no pueden ir de prisa por la nieve. Esta carrera, y como no tengo costumbre de hacer ejercicio, me ha hecho mucho daño. Por fortuna parece que ya estoy un poco mejor y voy á intentar narrar clara y sucintamente los hechos.

Ya sabréis, naturalmente, que uno de los medios más lucrativos de especulación en la banca es el préstamo con buenas garantías. Durante estos últimos años ha hecho nuestra casa infinidad de operaciones de este género, y hemos prestado grandes cantidades á muchas y distinguidas familias, reci-

biendo en depósito sus cuadros, sus bibliotecas, etcétera.

Ayer por la mañana, estando yo en mi despacho, me entraron la tarjeta de un señor que deseaba verme. Al leer el nombre dí un salto, pues era nada menos que... Pero creo que debo ser discreto y, á pesar de que estamos solos, me parece que debo ocultar el nombre de mi cliente. Basta decir que es universalmente conocido y uno de los primeros de Inglaterra. Aturdido por una distinción semejante, no acertaba á decir una palabra, y mi visitante fué el primero que habló, con la precipitación del que desea terminar inmediatamente un negocio desagradable.

—Me han dicho, Sr. Holder, que adelantáis dinero sobre efectos.

—Sí, siempre que la garantía lo merezca.

—Bien. Yo necesito, imprescindiblemente, cincuenta mil libras. Como comprenderéis, no me costaría ningún trabajo conseguir una cantidad diez veces mayor de cualquiera de mis amigos, pero no me conviene, dada mi posición, quedar obligado á nadie, y prefiero hacer la operación por mí mismo.

—¿Por cuánto tiempo necesitáis ese dinero?

—El lunes próximo os lo devolveré con los intereses que creáis conveniente, pero necesito la cantidad ahora mismo.

—Yo tendría muchísimo gusto, á no ser tan importante el préstamo, en adelantarla de mis fondos propios, sin negociación de ninguna clase. Ahora

bien, como la operación ha de hacerse en nombre de la Sociedad, tendréis que perdonarme no prescindir, ni aun tratándose de voz, que exija ciertas garantías.

—Es natural.

Y cogiendo un gran estuche de piel negra, que había dejado al alcance de su mano, continuó:

—¿Sin duda habréis oído hablar de la diadema de berilos?

—Ya lo creo. una de las más valiosas joyas de la Corona.

—Justamente.

Entonces abrió el estuche, y sobre el fondo de terciopelo color de carne apareció brillante y esplendorosa la diadema.

—Como véis tiene treinta berilos de gran tamaño y sólo el oro en que están montados es de incalculable valor. La tasación más baja excedería del doble de la cantidad que os he pedido. Os parece, pues, suficiente garantía.

Yo había cogido el estuche y miraba perplejo y confuso á mi interlocutor.

—¿Qué? ¿Dudáis de que valga tanto?

—No. Sólo que me parece muy...

—¿Os extraña que me atreva á empeñar esa alhaja? Estad tranquilo. No la dejaría á no estar seguro de que dentro de tres días volvería á mi poder. Es cumplir una fórmula. ¿Qué? ¿Os parece suficiente garantía?

—Ya lo creo. Demasiado.

—Ya comprenderéis, Sr. Holder, que os doy una gran prueba de confianza y que esta confianza está basada en lo que han dicho de vuestra honradez y caballerosidad. Por lo tanto, no sólo os ruego una discrección absoluta, sino que toméis toda clase de precauciones para la completa seguridad de la diadema, porque creo inútil advertiros que el menor accidente que ocurriera á esa alhaja causaría un escándalo enorme, y que este accidente equivaldría á la pérdida total, puesto que no hay en el mundo unos berilos iguales á éstos. Sin embargo, os dejo la diadema con toda confianza y el lunes por la mañana vendré á buscarla.

Viendo que mi cliente se disponía á marchar, llamé al cajero y le ordené que entregara á... cincuenta billetes de mil libras. Cuando me ví solo, delante de la valiosa joya, no pude reprimir un estremecimiento al pensar en la inmensa responsabilidad que había echado sobre mí. Ya sentía haberme encargado de aquella alhaja que era bien nacional y que causaría un escándalo terrible si se... Pero ya era tarde; no había más remedio que conformarse, y cogiendo el estuche lo encerré en mi caja particular.

A la noche, cuando me disponía á ir á casa, pensé que era muy peligroso dejar en el despacho un objeto de tanto valor. ¿Por qué no me habían de robar á mí como á tantos otros? Y ¿qué sería de mí si ocurriera un caso de esa índole? Entonces resolví llevar siempre conmigo el estuche, y tomando un coche, me fuí á casa, y no respiré tranquilo hasta que no

lo guardé en mi tocador, situado en el segundo piso.

Ahora dos palabras, Sr. Holmes, acerca de mi casa, pues quiero que os déis cuenta perfectísima de mi habitación. Mi ayuda de cámara y el *groom* duermen fuera y, por lo tanto, no hay que pensar en ellos. Las otras tres criadas están en mi casa desde hace tres años y tengo una confianza absoluta en su honradez. Queda Lucía Pau, una doncella que entró hace pocos meses. Es una linda muchacha, asediada por los pretendientes, á quienes una y dos veces encontré rondando mi casa. A pesar de llevar tan poco tiempo, y de su coquetería, la creo honradísima é incapaz de hacer mal alguno.

Esto en cuanto á los criados. Mi familia es mucho más reducida. Yo soy viudo con un sólo hijo llamado Arturo. Es un muchacho que defraudó todas mis esperanzas y de ello tengo yo gran parte de la culpa. Dicen que yo lo eché á perder y tal vez tengan razón. Cuando murió mi mujer quedé sólo en el mundo con Arturo, y deseoso de evitarle toda clase de preocupaciones y de disgustos, satisfice todos sus deseos y caprichos, dejándole obrar por sí mismo. Ahora comprendo que debía haber sido más severo, más enérgico, y aunque no hubiera logrado hacer de él un hombre de provecho, no tendría los remordimientos que tengo ahora.

Mi gusto hubiera sido que me sustituyese en la casa de banca, pero no sirve para los negocios. Es violento, testarudo y... la verdad, no pueden confiarsele grandes cantidades. Se hizo socio de un

círculo aristocrático, y gracias á su aspecto agradable y simpático, intimó en seguida con jóvenes millonarios y pródigos. Desde entonces empezó para él una época terrible, perdiendo miles en el juego y en las carreras de caballos, y contrayendo deudas de honor que luego yo tenía que pagar avergonzado. Cuantas veces intentó apartarse de este camino de perdición, otras tantas volvió arrastrado por su amigo sir Jorge Burnuell. Confieso que no me extraña esta influencia de sir Jorge Burnuell sobre mi hijo, pues siempre que venía á mi casa este individuo, yo quedaba fascinado y á merced suya. De más edad que Arturo, es el tipo perfecto del hombre elegante y mundano. Ha visto todo, ha estado en todas partes y de todo sabe hablar con inimitable amenidad y encanto. Sin embargo, al pensar en su inalterable sangre fría, en su lenguaje cínico y en un chispazo breve y fugitivo que sorprendía alguna vez en sus pupilas, comprendo que no se debe esperar nada bueno de él. Tal es mi opinión y tal es también la de mi pequeña Mary, que ya tiene la sensatez y discreción de una mujercita.

Sólo me resta hablaros de ella. Es mi sobrina. Cuando murió mi hermano dejó á esta niña de cinco años de edad, sola en el mundo; yo la adopté, y desde entonces la considero como hija propia. Es mi rayo de sol, el consuelo de mi vejez, una sonrisa en mi eterno ceño de hombre de negocios. Su buen juicio, su perfecto conocimiento de los deberes de un ama de casa, no la han hecho perder su dulzura,

su candor, su bondad de sentimientos. Si me faltara, yo no sé lo que sería de mí. Sólo se negó á ser complaciente en una cosa. Dos veces la ofreció su mano mi hijo, que la quiere profundamente, y las dos veces rehusó. Si Mary hubiese aceptado, ella hubiera corregido á mi hijo y lo hubiera llevado al buen camino. Mas ¡ay! ¡Ya es demasiado tarde!...

Una vez que conocéis á todos los que viven bajo mi techo, voy á continuar la historia.

Aquella noche, después de cenar, mientras tomábamos el café, referí la aventura á mi hijo y á Mary, y les hablé del rico tesoro que había traído á casa, absteniéndome, únicamente, de decir el nombre del propietario. Tengo la seguridad de que Lucía Paw no estaba en el comedor cuando yo conté todo esto; pero no sé decir si la puerta estaba completamente cerrada. Mary y Arturo me escucharon con mucho interés y desearon ver la famosa diadema. Yo me opuse.

—¿Dónde la habéis guardado?—preguntó Arturo.

—En mi bufete.

—¡Dios quiera que no entren ladrones esta noche!

—Está cerrado con llave.

—No importa, puede abrirse con una llave cualquiera. Yo recuerdo que, siendo niño, la abría con la de un armario que hay en el desván.

Como dice con frecuencia muchas tonterías, no le hice caso. Luego, cuando salí del comedor para ir á la alcoba, fué tras de mí y me dijo:

—Podíais, papá, darme doscientas libras.

—¡No, no puedo!—contesté vivamente.—Ya me he cansado de ser bueno.

—Sí, ya sé que abuso de vuestra amabilidad, pero necesito á toda costa ese dinero. Si no, no podré volver al Círculo.

—¡Mejor!

—Bueno, conformes; pero creo que no os gustará que lo deje como un hombre deshonorado. Yo necesito imprescindiblemente esa cantidad y, si vos no me la dáis, me veré obligado á buscarla en otro sitio.

—¡Podéis hacer lo que os dé la gana!—grité ya furioso, pues aquella era la tercera petición que me hacía desde primero de mes.

Cuando se marchó abrí el bufete para cerciorarme de que estaba allí el precioso estuche y luego cerré cuidadosamente. Luego recorrí toda la casa para ver si todo estaba bien cerrado. Esta requisa era obligación de mi sobrina, pero aquella noche quise hacerla yo mismo.

Al bajar ví á Mary que cerraba apresuradamente la ventana de la antecámara y se volvía hacia mí, diciendo con voz insegura.

—Papá, ¿habéis dado permiso á Lucía para que salga esta noche?

—No; ¿por qué?

—Porque acaba de entrar por la puerta de servicio. Me parece que ha salido para ver á alguien, y encuentro muy poco correcto que...

—Díselo mañana—interrumpí,—y si no yo se lo

diré. ¿Estás segura de que no ha quedado ninguna puerta abierta?

—Segurísima, papá.

—Bien. Buenas noches.

Y después de darla un beso en la frente, subí á acostarme.

—Como véis, señor Holmes, os digo hasta los menores detalles; sin embargo, os ruego que me interrumpáis si halláis algo confuso ó inexplicable.

—Hasta ahora, no.

—Bueno, llegamos á la parte culminante. Generalmente yo tengo el sueño muy ligero y, como es natural, aquella noche se agravó esta ligereza por la preocupación con que me había dormido. Cerca de las dos de la madrugada me despertó un ruido, que cesó al yo despertarme, pero que me pareció el de una ventana cerrándose suavemente. Permanecí un momento sentado en la cama, lleno de ansiedad, acechando. ¡Cuál no sería mi terror cuando sentí rumor de pisadas en la habitación contigua! Salté convulso y tembloroso del lecho, y á través de la puerta entornada miré hacia el tocador y no pude contener un grito:

—¡Arturo! ¡Ladrón! ¡Bandido! ¿Cómo te has atrevido á semejante infamia?

A la débil luz de la lámpara que todas las noches dejo encendida en el tocador, ví á mi desgracia hijo, en paños menores y con la diadema entre manos, como si quisiera doblarla ó romperla. Al oírme la dejó caer y una palidez intensa cubrió su ros-

tro. Yo cogí la diadema y en seguida noté la falta de tres piedras.

—¡La has roto, miserable! Me has deshonrado para toda la vida. ¡Has robado tres piedras!

—¿Robado?

—¡Sí, ladrón!—grité ciego de cólera, sujetándole por los hombros.

—No falta nada más que una.

—Faltan tres, y tú sabes dónde están. ¿Serás capaz de negarlo todavía? ¿No te he visto yo mismo con la joya entre las manos?

—¡Basta! Ni una palabra más. Mañana dejaré vuestra casa pero no volver nunca.

—Sí, la dejarás; pero ha de ser entre las manos de la policía. Ya verás como entonces confiesas.

Entonces él, con una seguridad y una amargura que me sorprendieron, contestó:

—Bueno; haced lo que queráis. Yo no pienso decir una palabra.

Mis voces destempladas habían despertado á todos los de casa. Mary llegó la primera, y al ver la diadema en el suelo y la cara de Arturo, comprendió toda la verdad y cayó desmayada. Hice que viniera la policía, y cuando llegó el inspector y los agentes, Arturo me preguntó delante de ellos si estaba dispuesto á acusarle como ladrón. Yo contesté que no tenía más remedio, puesto que se trataba de una joya nacional y no se podía ocultar el robo.

—Por lo menos—añadió Arturo—permitidme salir un momento; sólo cinco minutos.

—Sí, para escaparte y esconder lo robado, ¿no es eso?

Y procurando enternecerle, varié de tono y le rogué que se arrepintiera, que comprendiese lo terrible de mi situación, que estaba en juego, no ya mi honor, sino el de un personaje elevadísimo, al cual debíamos respetar profundamente; que reflexionara y evitase un disgusto de fatales consecuencias, que dijera donde estaban los tres berilos.

—Vamos, hijo mío—añadí,—reflexiona que no puedes negar lo que yo he visto; piensa en qué de este modo empeoras tu situación, mientras que, confesando, yo te prometo olvidar todo y perdonarte.

—Guardad vuestro perdón para el que os lo pida—dijo volviéndome la espalda despreciativamente.

Comprendí que todo ruego y toda amenaza eran inútiles, y ordené al inspector que se apoderase de mi hijo. Lo registraron, registraron su cuarto, luego la casa, el jardín, todo, sin hallar la menor señal de los berilos. Arturo no volvió á pronunciar una sola palabra. Lo han encerrado en un calabozo, y yo, una vez cumplidos los primeros requisitos judiciales, he corrido en busca vuestra para pedir os parecer y consejo en vista de que la policía está desconcertada. Estoy dispuesto á dar toda mi fortuna... ya que he perdido mi honor y mi hijo al mismo tiempo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué va á ser de mí!

Y hundiendo la cabeza entre las manos empezó á sollozar como un niño.

Sherlock Holmes permaneció largo rato silencio.

so, con las cejas fruncidas y fija la mirada en el fuego de la chimenea.

—¿Recibíais á mucha gente?—dijo de pronto.

—A nadie, excepto mi consocio y su familia y algún amigo de Arturo, como sir Jorge Bunnell, que iba frecuentemente á casa.

—¿Frecuentábais la sociedad?

—Arturo, sí. Mi sobrina y yo nada absolutamente. A los dos no nos gusta salir de casa.

—Es raro en una muchacha.

—Tiene ya veinticuatro años y es de un temperamento muy sencillo y retraído.

—Esta desgracia le habrá afectado mucho.

—Sí, tal vez más que á mí mismo.

—¿Y ninguno de vosotros dos duda de la culpabilidad de Arturo?

—¿Cómo hemos de dudar habiéndole visto con la joya entre las manos?

—Sin embargo, yo no creo que eso sea una prueba decisiva. ¿Cómo estaba la diadema?

—Completamente torcida.

—Y no se os ocurrió que tal vez vuestro hijo intentara arreglarla.

—¡Dios os pague la buena intención! Pero no, no; eso no puede creerse. ¿Para qué iba á tomarse ese trabajo si no había sido él quien hizo el daño? Y, además, ¿por qué se niega á hablar si es inocente?

—A mí, en cambio, eso me hace pensar en su inocencia. Todo culpable sabe encontrar pretextos. Por otra parte, hay algunas cosas bastante confusas en



este asunto. ¿Cuál es la opinión de la policía respecto del ruido que os despertó?

—Dice que, indudablemente, fué Arturo al cerrar la puerta de su cuarto.

—Eso es una tontería. ¡Cómo si un hombre que va á cometer un crimen diera portazos para despertar á todo el mundo! ¿Y qué dicen de la desaparición de los berilos?

—Todavía están registrando todos los muebles y el piso de todos los cuartos.

—¿Y fuera?

—Fuera también. Ya os dije que examinaron el jardín minuciosamente.

—Vamos, querido señor. Conforme va pasando más tiempo del suceso y pensáis más sobre ello, ¿no le encontraréis mucho más confuso y misterioso que al principio? Yo sé deciros que no me parece tan sencillo como creéis. Veamos. Suponéis que vuestro hijo se levantó de la cama, que entró con grandes precauciones en vuestro tocador, que abrió el bufete, cogió la diadema, la retorció, y yendo á un sitio apartado, escondió tres de las treinta y nueve piedras preciosas que tenía, con tanta habilidad que nadie puede dar con ellas. Luego volvió con el resto al tocador; es decir, á un sitio donde tenía noventa y nueve probabilidades contra una de ser descubierto. ¿Os parece lógica semejante teoría?

—Entonces, ¿cuál es la vuestra?—preguntó angustiado el banquero.—¿Por qué no quiso hablar si era inocente?

—Eso es lo que falta por averiguar: la razón de su silencio. Si queréis, Sr. Holder, conducirnos, vámonos inmediatamente á Streatham y examinaremos la casa y las cercanías de ella.

Holmes satisfizo mi ardiente deseo, rogándome que le acompañara en la expedición. Confieso que, á pesar de creer ciegamente en la culpabilidad del hijo del banquero—coincidiendo con su desgraciado padre—tenía tal fe en Sherlock Holmes, que á veces desconfiaba de mi seguridad. Durante el camino Holmes no dijo una sola palabra sumergido en hondas reflexiones, con los labios apretados, la cabeza inclinada sobre el pecho y el sombrero sobre las cejas. En cuanto al banquero, parecía reanimado un poco por la confianza de Holmes, y fuimos hablando en el tren durante el corto paseo que nos llevaron á Fairbaak. Fairbaak era una gran casa de piedra, á alguna distancia de la carretera.

En la hierba cubierta de nieve se abrían dos amplas avenidas que conducían á dos puertas de hierro. A la derecha había una verja de madera, de la cual partía un sendero, terminaba en la cocina y servía para el servicio de la casa. A la izquierda una callejuela, fuera de la propiedad; pero poco frecuentada, llevaba á las cuadras. Holmes nos dejó en la puerta, dió lentamente la vuelta á la casa, luego salió á la calle, volvió por el sendero de servicio al jardín situado á espaldas de la casa, y entró en las cuadras. Mientras tanto, M. Holder y yo aguardábamos en el comedor sentados cerca de la chime-